

LUIS MOYA

TODO UN SEÑOR

Joquín Arnau Amo

La Ópera de Zurich ha celebrado el reciente tránsito del novecientos al dos mil con una austera Zauberflöte firmada, en cuanto a escena se refiere, por Jonathan Miller. En ella, los heiligen Hallen o recintos sagrados de Sarastro, homónimo de nuestros Zarathustra y Zoroastro, se resumen en una opulenta y bien dotada biblioteca. La amueblan, junto a estanterías atestadas de libros, una pirámide y un obelisco. Entre unas y otros, el reverendo y magnánimo personaje de Da Ponte/Mozart hállase en su centro.

Pues bien: su estampa ha evocado en mí la de mi maestro: Luis Moya Blanco, 1904-1990. Le veo aún, como al ilustrado dieciochesco, rodeado de joyas librescas hasta el alto techo, sabio y tierno en la misma medida, con la sola diferencia, respecto del bajo cantante mozartiano, de una ligera tartamudez, sonoro reflejo sin duda de la esencial duda cartesiana.

Luis Moya, presente hace unos días en la Arquerías del Ministerio, era un sabio. No sólo un conocedor conspicuo o un afamado erudito, un profesor estimulante o un académico nato: un sabio. Lo cual conlleva, entre otras cualidades, una suprema benevolencia que, a ratos, porque de continuo el achaque místico abrasa y aniquila, rayaba en la beatitud. Fue un colega suyo, el recientemente fallecido Luis Cervera Vera, y harto distinto de él, salvo en la opulencia de sus bibliotecas, el que en cierta ocasión aseveró en mi presencia: Luis es un santo.

Para traducir esa aseveración a romance que no se malentienda, habría quizá que añadir que él era lo que llamamos un santo varón. Figura, desde luego, de otro tiempo: lo que no quiere decir antigua, ni menos anticuada. Pues Moya era capaz, tras un baño matutino de surrealismo puro y duro, y después de una jornada entre morteros y bóvedas tabicadas, de viajar a esferas adonde departen, afuera del espacio y el tiempo, Platón y San Agustín, Pitágoras y Plotino, mano a mano.

San Agustín, en efecto y citado puntualmente en latín, es el hilo conductor de una colección de dibujos que, a guisa de felicitaciones

navideñas, jalona cuarenta años, los penúltimos, de fantasías moyescas. Son fantasías, entre serlianas y piranesianas, adonde conviven la devoción de la antigüedad clásica, bajo el lapidario epigrama del Roma quanta fuit ipsa ruina doctet, y el desengaño místico, cifrado en el aforismo, latino asimismo, del Sic transit gloria mundi, que ilustra un esqueleto, como traído de las páginas de Di Giorgio.

A su lado se alinean ciertas obsesiones del maestro: los cinco cuerpos platónicos, omnipresentes, cuyo protagonista indiscutido es el dodecaedro, y diversas series numéricas, con la de Fibonacci a la cabeza, astros y relojes solares, varas de medida y otros ancestrales instrumentos del oficio, fragmentos de órdenes, desde luego, y angelotes, ora músicos ora aparejadores, cifras y letras, romanas unas y otras, sin cuento, bordadas o labradas. Y la rúbrica del autor, estratégica siempre.

Así pues ¿en qué quedamos? ¿Pasan o permanecen, arquitecturas entre otras, las glorias mundanas? ¿O sucede lo uno y lo otro? No en vano, quizás, cuando decimos pasó a la historia, el tópico castellano se presta a doble y contradictoria lectura, dependiendo apenas de que a la zarandeada historia la escribamos con mayúscula o minúscula. Todo pasa y todo queda.

Luis Moya oscila, a la manera de Hamlet, tan en baja en la cotización de la pos-modernidad, de un límite a otro: de la ilusión al desengaño, con billete de vuelta siempre abierto a la ilusión. De modo que sería injusto poner a su obra apellido de neo-clásica. Y tampoco nos es posible alojarla en la modernidad propiamente dicha. Tal vez el suyo, amén de inconfundible y propio, es un hacer pos-clásico, que no compadrea con la moda y, si se atiende a lo antiguo, lo hace a guisa de juego. Porque Moya, como Picasso, jamás dejó de comportarse como un niño.

Sólo que él era un niño bueno, alérgico al escándalo y modesto con modestia infinita. Una modestia que él asentaba firmemente, con curiosidad, pero sin morbo, en un infatigable deseo de aprehender: más que de todas las cosas, de todo el mundo. De mí, su insensato disci-



pulo doctorando a lo largo de ocho años, decía, oh dioses, y lo decía de buena fe, que aprehendía. Inverosímil. Todo lo cual, eso sí, adobaba con un humor perpetuo, herencia inmarcesible de la más pura y genuina ironía socrática.

Porque el sabio aprehende sin tregua: y cómo. Pero Luis, como su maestro Agustín, se afanaba por verter el mar en un hoyo de arena: que no otra cosa intenta, con franca desmesura, hacer el arrojado arquitecto en sus fábricas. De modo que sus arquitecturas, sin quererlo él y siendo fiel a la comensuración, divagan a menudo por las playas de lo inconmensurable.

Destino acaso fatal del sabio arquitecto, distinto del arquitecto sabio, que no puede dejar de saber lo que sabe a la hora de arrinconar la duda que, de Sócrates a Descartes, jamás abandona al que quiere más allá de sus narices (aun generosas, como es el caso). Porque ¿se puede ser, a la vez, Jerónimo de Villalpando, con Salomón a la espalda, y Juan de Herrera, con Felipe Segundo en frente? Por fortuna para El Escorial, el jesuita y el arquitecto pusieron en práctica aquella de que cada mochuelo a su olivo.

En la Universidad Laboral de Gijón (1945-1957), sin embargo, el lector asiduo de De Civitate Dei edifica por sí mismo un monumento terreno, que se quiere summa de oficios e historias autóctonas, cuyos testimonios han sido los libros de una Biblioteca Ideal, interiorizada en el curso de muchas vigiliadas. Su fábrica sabe así a literatura archi-

tectónica construida. Se diría que Luis Moya le lleva la contraria a Víctor Hugo: de nuevo el edificio se apodera del libro, recuperando para sí sus viejos fueros. Porque Gijón es libro abierto: y de tomo y lomo.

El arquitecto nos ha dado antes a conocer, en 1937, el contrapunto a tales vigiliadas, bajo la especie de la utopía ilustrada, en una fantasía al modo y escala boulléanos, que se publicaría a la vuelta de la guerra civil con pie de imagen sesgado, que así reza: Sueño Arquitectónico... Permítaseme que, como buen hijo de Noé, haga uso de los puntos suspensivos. A Noé, precisamente, y a su Arca diluviana, que la Biblia describe puntual, midiéndola codo a codo, dedica el autor algunas de sus graves meditaciones en torno a la armonía.

Con lo que el Catedrático de Composición (1936), Director de la Escuela de Madrid (1963), redactor de esta Revista, cuando era otra, pero con el mismo nombre, Académico y otros etcéteras, nos devuelve, una vez más, a las alturas, en permanente sube y baja de aquella escala que vio Jacob en sueños e ilustra un ribera en el Prado.

Pero ¿otra vez la Biblia? Responderé con otra pregunta: ¿cómo podría haber sido de otro modo en un hacer de arquitecto constelado de libros? ¿Pretende usted que Moya, acaso arguya el lector, fue un ratón de biblioteca? En todo caso, diré, no sería el ratón, sino el gato. ¿? Porque, en el suyo, el arquitecto acaba, por las buenas o por las malas, atrapando al ratón. ■